

# EDITORIAL

---

## **La fiebre del oro y el paludismo: Dos problemas que se hermanan en la historia de nuestro pueblo.**

Desde la llegada de los españoles a nuestras tierras, la fiebre del Oro, como expresión de la búsqueda de la riqueza fácil, hasta los tiempos actuales ha marcado la historia de legiones de trabajadores, los mineros, que adentrándose en la emblemática selva amazónica, han causado a través de la deforestación y la contaminación de suelos y aguas, la destrucción de un hábitat privilegiado, y con ello la alteración de la ecología y la salud de los propios mineros, sus familiares y comunidades indígenas y mestizas que habitan en las cercanías de estos territorios.

Desde tiempos inmemoriales, el trabajo ha determinado la salud de las poblaciones, y aunque organismos internacionales de renombre, alertan y postulan planes de desarrollo que regulen el trabajo para preservar la salud colectiva, pareciera que la salud pública venezolana en particular, no entendiera el papel del trabajo como determinante de las condiciones de vida y salud de nuestros habitantes. Caso explícito lo constituye la re-emergencia del Paludismo o Malaria, en los estados del Sur del país, particularmente en los estados Amazonas y Bolívar, donde la pobreza y el anti -valor de la riqueza fácil a través de la explotación minera, arremeten de nuevo contra la Selva y la deforestación se convierte en fuente de grandes criaderos del mosquito, vector de la Malaria, para colocar de nuevo en los primeros lugares de la morbilidad del país, al Paludismo, con curvas in crescendo de número de casos, 26.391, tan solo en el estado Bolívar, reportados en la llamada semana epidemiológica N° 42 del Ministerio de Salud.

Múltiples estrategias se desarrollan para tratar de controlar la re-emergencia de esta enfermedad endemo-epidémica, de la cual fuimos ejemplo, para toda Latinoamérica y el Caribe, de eficiencia en materia de control sanitario en los tiempos del maestro Arnoldo Gabaldon, sanitarista insigne de nuestro país, quien con mucha claridad, llamó “Malaria inabordable” a la que se desarrollaba en los mineros que vivían y viven en viviendas improvisadas de cuatro palos y techo de bolsas plásticas, donde la estrategia del rociamiento con insecticidas para disminuir la densidad de los mosquitos en su medio ambiente, no es posible, debido a que no hay superficies que garanticen la estadía residual del insecticida para su acción, además: ¿Cómo controlar los grandes criaderos de los huevos y larvas del mosquito transmisor?, cuando la bárbara deforestación, no para de dañar el ecosistema en la búsqueda insaciable del oro por mineros venezolanos, colombianos, brasileños y guyaneses. Y aunado a este problema de salud pública, otro no menos grave, aunque menos visibilizado por nuestros sanitaristas como es la intoxicación por mercurio en la cuenca del Caroní, que afecta tanto a los mineros, como a sus familiares, comunidades autóctonas y urbanas circunvecinas.

Un estudio reciente del año 2004, de la Organización de Naciones Unidas para el desarrollo industrial, determinó que los niveles de intoxicación por mercurio de mineros, molineros, mujeres y niños de la Población del Callao, estado Bolívar, está entre los niveles mas altos del mundo, e igualmente señala, que tan sólo en esa zona minera, se lanzan al aire, suelo y agua, 12 toneladas al año de mercurio y en todo el estado Bolívar, la minería genera más de 60 mil toneladas de este metal pesado, que pasan a la atmósfera, suelos y agua. Estudios de investigadores de la fundación La Salle, desarrollados en el bajo Caroní, reportaron niveles de mercurio por encima de los niveles permisibles por la Organización Mundial de la Salud, en ocho especies de peces, que son componentes básicos de la dieta de los habitantes de esa zona, lo que explica que no sólo los mineros y trabajadores conexos de la minería informal que se exponen ocupacionalmente a los vapores del mercurio inorgánico, y que utilizan a granel este metal para amalgamar el oro, están expuestos a los efectos tóxicos del mercurio, sino también los miles de pobladores de la zona que

consumen agua y alimentos contaminados con el metilmercurio que se produce, debido a la descomposición bacteriana del mercurio metálico y que se va acumulando en las especies de peces que habitan en la cuenca y particularmente en la Represa del Gurí. No mirar, ni controlar el efecto devastador de la minería indiscriminada, como determinante de la salud de esa población y del ecosistema, desde la mirada de un desarrollo sustentable, es una política ciega, que nos está costando pobreza y enfermedad.

Dra. Aismara Borges